

Resurrección del Señor B/2009

Hoy celebramos con la Iglesia entera en todo el mundo los cimientos de nuestra fe: la resurrección de Jesucristo. Si Jesús no hubiera resucitado nuestra fe sería en vano. Si Jesús no estuviera vivo, nunca hubiera habido cristianos que proclamaran y confesaran a Jesús como el salvador del mundo. Porque Jesús está vivo es que hoy nos reunimos en esta tarde en su nombre para glorificarle y darle gracias a Dios por el maravilloso regalo de vida que nos ha dado al resucitar de la muerte.

Todas las lecturas de esta fiesta de la Resurrección nos transmiten este mensaje vital, que la vida de Dios es más grande que la amargura de sufrimiento y muerte. Dios es vida y vida eterna. Como Dios es el maestro de todo que existe bajo, en la tierra, y encima en el cielo, nada no puede prevalecer antes de él incluso la muerte en sí misma. Donde Dios está, hay vida. Es esta vida que Dios le ha dado a su amado Jesús al resucitarlo de entre los muertos.

De hecho, la razón por la que el Padre envió a Jesús a este mundo fue para que quien crea en Él no muera, sino que pero tenga vida eterna. Todo el ministerio de Jesús estaba orientado a un objetivo dar la vida. Esto es lo que San Pedro resume en su discurso ante la presencia del pueblo judío. Él les recuerda del principio de Jesús en Galilea después del bautismo de Juan. Jesús fue por todo el país predicando y sanando al enfermo a través del poder del Espíritu Santo y como él fue injustamente condenado a muerte. Pero, Dios lo ha resucitado a la vida otra vez. En él todas las profecías han sido realizadas. En su nombre a todas las personas sus pecados les han sido perdonados.

Desde del principio, los apóstoles fueron testigos de todo lo que pasó a Jesús. Ellos vieron su pasión y muerte, pero ellos también lo vieron resucitado de la muerte. A causa de su relación íntima con Jesús, Dios les permitió ver a Jesús para que dieran testimonio a nosotros también. Es este testimonio de Cristo resucitado que el Evangelio nos trae en este día a la celebración de la resurrección de Jesús.

María de Magdala es sorprendida cuando ella fue temprano por la mañana a la tumba para realizar el ritual de la tradición judía: "la piedra estaba removida de la tumba". Ella pensó que se habían llevado al Señor a un lugar desconocido. Pero, en verdad, el Señor había resucitado; él no estaba más entre los muertos. Él estaba vivo como él había prometido y como las Escrituras lo habían anunciado. Cuando Pedro, el vio los lienzos puestos en el suelo y la tumba vacía. Lo que María le dijo fue verdad. El Señor Jesús no está en la tumba. Él ha resucitado.

Realmente los que lo crucificaron se equivocaron. Dios ha absuelto a Jesús contra sus enemigos. Él ha reconocido la veracidad del mensaje que él predicó a las multitudes de sus seguidores. Dios le ha dado vida de nuevo. Sí, Dios es vida. Por lo tanto, aquellos que creen en él nunca morirán; ellos vivirán para la vida eterna. Ellos resucitarán. Cristo es primero que el Padre a resucitado a fin de darnos un ejemplo.

Por lo tanto, la vida no termina completamente con la muerte. La muerte es sólo una transformación de nuestra condición humana presente. El sentido último de nuestra vida está en el compartiendo en la resurrección de Jesús. Si vivimos con él, reinaremos con él, en la casa divina donde él está ya con el Padre y el Espíritu Santo. Sin embargo, a fin de alcanzar esta vida divina, necesitamos la fe en Jesús por el testimonio de las Escrituras y de sus primeros discípulos y la Iglesia.

La fe es tan importante que el otro discípulo que llegó primero en la tumba "viera y creyera". ¿Pero, qué vio Juan? Nada además que una tumba abierta y vacía materializada por los lienzos en el suelo. De hecho, en el Domingo de Resurrección, no hay nada para ver; hay sólo una cosa de hacer, a saber creer que ninguna tumba tiene el poder de impedir que la

vida de Dios nazca y nos alcance. Durante la mañana de Pascua sólo la fe puede hacernos entender que no hay un abismo imposible entre Dios y muerte, que Cristo resucitado nos conduce de la muerte a la vida, haciéndonos nuevas criaturas complacientes de su Padre.

Está sólo en la fe que podamos dar testimonio a la resurrección de Cristo. La fe no es un conocimiento intelectual sobre Jesús o un compromiso moral sobre las doctrinas de la Iglesia. Mejor dicho, es, sobre todo, un compromiso personal de dedicar nuestra vida a Cristo y vivirla en consecuencia. La fe es la confianza en Dios más allá de la prueba material. Si confiamos en él suficientemente a pesar de nuestra situación del sufrimiento, compartiremos seguramente en su resurrección.

La Pascua es la celebración de nuestra esperanza en la vida eterna. Vivimos por la esperanza que con Jesús el resultado de nuestra vida será diferente. Un hombre sin la esperanza está muerto, porque él no tiene ninguna perspectiva para el futuro; una mujer sin la esperanza es una mujer muerta, porque ella no tiene ningún futuro. La resurrección de Jesús nos da la esperanza del futuro, creer que podemos estar un día en paz con Dios en su reino.

Por eso la resurrección de Cristo significa que la tumba no es más un lugar donde la muerte está encerrada detrás de una piedra rodante. La piedra de la muerte ha sido quitada para siempre de la tumba. Cristo resucitado ha destruido para siempre el reino de la muerte simbolizado por el cementerio. Él ha promovido vida y ha consagrado a todos aquellos que creen en él a la vida eterna y a acostarse con él en el reino de su Padre.

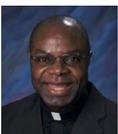
Para nosotros cristianos, la resurrección de Cristo significa que nuestra propia muerte física no es un obstáculo a la prosperidad de la vida de Dios en nosotros. Como Cristo, cuando morimos Dios nos da la vida de nuevo, como creemos en él y somos bautizados en él. Cristo mismo nos hace participar en su propia resurrección.

Cristo está aquí presente entre nosotros; él está en nuestro medio. Como los discípulos quienes creyeron en las palabras de María de Magdala, así nosotros deberíamos creer en la palabra del Evangelio que Cristo ha resucitado. Para que esto pase, nosotros tenemos que estar abiertos a la gracia del Espíritu Santo quién es capaz de reforzar la presencia de Cristo en nuestros corazones y en nuestra comunidad. Muchos de aquellos que han creído en las palabras de las Escrituras y en nombre de Jesús, sus vidas se han cambiado; ellos han hecho una diferencia en el mundo y en las vidas de muchas otras personas. La misma cosa puede pasarnos hoy.

Celebrar la resurrección de Cristo es celebrar con anticipación nuestra propia victoria sobre la muerte. Como San Pablo dice, "Porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vida de ustedes, entonces también ustedes se manifestarán gloriosos, juntamente con él". Este no es una invitación de despreciar el mundo y sus tareas. Mejor dicho, nosotros deberíamos realizar nuestras tareas con nuestros ojos puestos arriba donde Cristo está ya en gloria. Deberíamos estar convencidos que la plenitud de vida no puede ser alcanzada sólo aquí en la tierra y sin Dios.

Oremos al Cristo resucitado que nos de su gracia de trabajar por la vida y contra la cultura de violencia y muerte. ¡Deseo para cada uno de ustedes felices pascuas de resurrección! Que Dios los bendiga.

Hechos de los Apóstoles 10, 34a, 37-43; Colosenses 3, 1-4; Juan 20, 1-9



Fecha de la Homilía: Abril 12, 2009

© 2009 – Rev. Felicien I. Mbala, PhD

Contacto: www.mbala.org

Nombre del Documento: 20090412homily.pdf